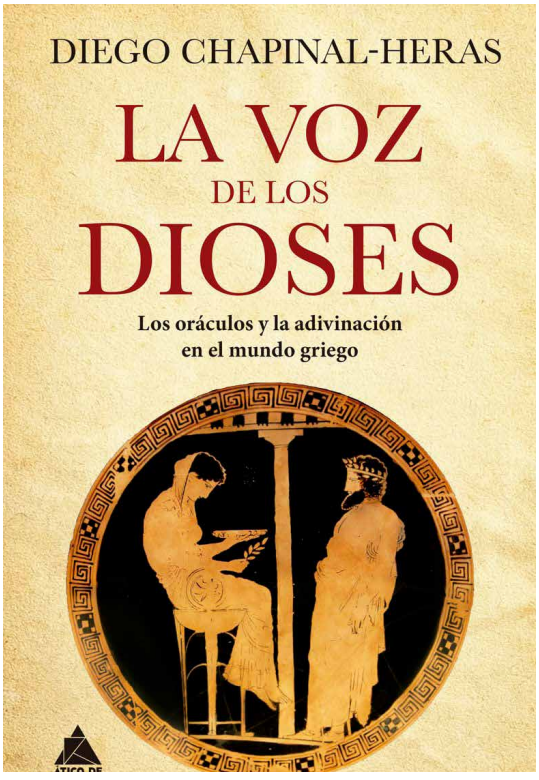
## Diego CHAPINAL-HERAS, *La voz de los dioses. Los oráculos y la adivinación en el mundo griego*, Barcelona, Ático de los Libros, 2023, 320 pp. ISBN: 978-84-19703019.

Diego Chapinal-Heras presenta en su nueva obra, de marcado carácter divulgativo, un estudio ambicioso sobre la práctica adivinatoria en la Antigüedad griega y, en concreto, sobre los oráculos. A lo largo de siete capítulos, aporta información detallada y completa sobre los diferentes enclaves mánticos de la Hélade, así como de la imbricación de estos en las estructuras cívicas de las diversas *poleis*, confederaciones y reinos con los que entraron en contacto.




El libro comienza con una breve introducción (pp. 15-28), en la que se siguen de forma literaria los pasos del joven Fecilo en su consulta a Dodona, complementada por la información sobre la primera excavación del lugar en la primera mitad del siglo pasado.

A continuación, el primer capítulo ("¿Qué hace un oráculo como tú en un lugar como este?", pp. 29-73), presenta un recorrido por los principales santuarios oraculares del mundo antiguo (Dodona, Claros, Delfos, Escotusa, Olimpia, Labraunda, Antioquía, Apamea, Napata, Siwa, Epidauro). El autor explica, además, algunas prácticas adivinatorias no tan comunes, como la necromancia (pp. 54-57), con los enclaves destacados del río Aqueronte, Ténaro, Heraclea Póntica y Lebadea. A esto siguen los oráculos de divinidades menores o héroes, como el de Anfiarao en Oropo o el de Hermes Agoreo en Faras, junto con alguno particular en su forma y divinidad tutelar, como los de Nix en Megara, Heracles en Acaya, y Hera en Peracora. Finaliza este apartado del capítulo descartando un santuario, el de los grandes dioses de Samotracia, por la más que probable falsedad de la noticia transmitida por Plutarco (p. 62). Chapinal-Heras introduce aquí la división que seguirá en la obra por el emplazamiento de los santuarios, urbanos, extraurbanos y panhelénicos; y aunque indica que podría complementarse con alguna otra categoría, no aporta ninguna información aclaratoria (p. 64).

En el capítulo 2 (“Los oráculos y la adivinación en la antigua Grecia”, pp. 74-101), se explican los tipos básicos de adivinación (inductiva e inspirada) y se ofrece una explicación de la familia de palabras en griego, latín y español referida a esta técnica. Es en este capítulo en el que se aborda una cuestión largamente discutida en la historiografía, la posible manipulación de los designios divinos y las relaciones políticas tejidas bajo su paraguas – piénsese, por ejemplo, en los célebres casos de Clístenes y su reforma avalada por Delfos y en Lisandro con el más que probable ficticio intento de soborno a los responsables de Delfos, Dodona y Siwa –. Se cierra esta sección con los orígenes míticos y arqueológicos de los santuarios (Delfos, Dodona, Olimpia, Epidauro, Claros, Trofonio y Delos). El autor parece mantener una postura un tanto escéptica con respecto a la veracidad de las fuentes sobre los posibles casos de soborno, si bien no profundiza detalladamente en los casos que cita.

El capítulo 3 (“El método: las diferentes maneras de escuchar la voz de los dioses”, pp. 103-143) pretende explicar el funcionamiento del oráculo, para lo resulta indispensable recurrir al *sensorium*, habida cuenta de que las percepciones desempeñaban un papel cuasi determinante en la creación del ambiente propicio para recibir las palabras de los dioses. Asimismo, se hace un breve repaso de los métodos adivinatorios más recurrentes (oniromancia, necromancia, cleromancia, etc.) y también de los más inusuales, como sumergir un espejo en agua en el oráculo demetríaco de Patras o la critomancia. Las páginas siguientes se dedican al funcionamiento de los principales centros oraculares, comenzando por la sede apolínea por excelencia, Delfos, del que se aportan numerosos detalles al ser uno de los enclaves de los que más testimonios, tanto directos como indirectos, se conservan. Resulta interesante para el público general la mención del estudio de J.Z. de Boer, quien abogó a principios de siglo por que la famosa inhalación de etileno por parte de la Pitia era más que plausible, al analizar las líneas de falla que atraviesan el *adyton* y que permean las rocas del templo[1]. El autor continúa el relato con otros de los santuarios ya mencionados a lo largo de la obra, como Dídima, Claros y Epidauro, donde es famosa la práctica de la *incubatio* o ἐγκοίμησις[2]. En el caso de Dodona, se proporcionan las tres posibles formas de consulta que transmiten las fuentes: el roble (o menos probablemente encina) sagrado de Zeus, cuyas hojas, al moverse, trasladarían la respuesta del Cronión; la presencia de palomas, cuyos sonidos cumplirían la misma función que la del árbol; y los calderos de bronce colocados en trípodes, que, al ser golpeados, emitirían la respuesta de Zeus y Dione. El autor introduce la última hipótesis de la italiana J. Piccinini, quien defiende que las conocidas tablillas del enclave, de las que se conservan más de 1300 ejemplares, recogerían las preguntas realizadas – y a veces también las respuestas – *a posteriori*. También se explica el interesante *nekyomanteion* del Aqueronte, el mismo al que habría descendido Odiseo en su intento de regresar a Ítaca, que algunos autores han identificado, sin embargo, como una simple villa helenística de tipo agrícola.[3]

1 Sobre el consumo de sustancias psicodélicas en la Antigüedad, Gordon Wasson, Robert y otros (1981): *El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios,* Mexico, Fondo de Cultura Económica. Importante es el libro que, para cuando se publique esta reseña, ya habrá visto la luz: Beck, Hans y Scharff, Sebastian (2025): *Beyond Mysteries: the Local World of Ancient Eleusis*, Leiden/Boston, Brill.

2 Imprescindible la lectura de Renberg, Gil (2017): *Where Dreams May Come. Incubation Sanctuaries in the Greco-Roman World*, Leiden/Boston, Brill

3 Véanse las pp. 139-141 para las diferencias de interpretación del yacimiento. El autor prefiere no tomar partido claro por ninguna de las dos opciones: “Parafraseando a cierto presentador de noticias, estas son las teorías y así se las hemos contado. El debate perdura y no se pretende convencer al lector para que se decante por una alternativa u otra; queda a elección de cada uno” (p. 141).

En el capítulo 4 (“He aquí mi duda: ¿qué me aconsejarán los dioses”, pp. 144-198), Chapinal-Heras menciona la principal bibliografía sobre el corpus dodoneo, para pasar a continuación a abordar la posible ambigüedad de las respuestas divinas, así como algunas de las causas más frecuentes de consulta. Se dedica un apartado final a la cuestión del género de los consultantes, eminentemente masculino por las características patriarcales del sistema griego. La mayor cantidad de testimonios femeninos se encuentra en Dodona, con *ca*. un centenar de ejemplares de los 4216 textos publicados en el *DVC*. En cuanto a las posibilidades de las mujeres de acudir a los santuarios oraculares, se llama la atención sobre el caso de Delfos, donde no se les permitía consultar a Apolo Pitio, tal y como transmite Plutarco. Finaliza el capítulo con la inclusión de las escasas consultas de esclavos conservadas (unas 22), encontradas también en el santuario de Zeus.

El capítulo 5 (“Auge(s) y declive(s) de los oráculos en Grecia”, pp. 199-233) desarrolla dos cuestiones: por un lado, el momento propicio para la consulta del oráculo, y por otro, la evolución de los oráculos griegos en la Antigüedad y el papel que desempeñaron en sus comunidades. Se mencionan las restricciones temporales de los santuarios, como el funcionamiento de Delfos únicamente el día séptimo de cada mes, a excepción de en invierno, cuando no se encontraba operativo. El autor aporta la necesaria contextualización de la conquista de Grecia por parte de Roma y el declive oracular, al menos en cuanto a los testimonios epigráficos conservados, que conllevó el paulatino debilitamiento de las estructuras mánticas hasta su erradicación, avanzada ya la época imperial, que el autor relaciona especialmente, aunque no de manera única, con la expansión del cristianismo (pp. 223 y ss.).Finalmente, se cierra el capítulo con la relación entre los oráculos y el cristianismo, con la mención de varios ataques de los primeros a los segundos (por ejemplo, la anécdota de Lactancio sobre la consulta de Diocleciano en Dídima para perseguir o no a los seguidores de Cristo).

En el capítulo 6 (“En la piel del peregrino: la experiencia de la consulta”, pp. 234-281), el autor realiza un ejercicio de ficción, en el que se introduce en lo que pudiera haber sido la mentalidad de un peregrino a partir de la fenomenología y de la presuposición de algunos elementos objetivos, como la visibilidad, el movimiento y la motivación del individuo. Asimismo, comenta brevemente las posibilidades de aplicar estudios de neurociencia y percepción a la recreación histórica que pretende llevar a cabo. Procede posteriormente a comentar la propia experiencia de la peregrinación en la Antigüedad, de la que el testimonio más completo lo constituye la obra de Elio Arístides. El autor propone finalmente tres experiencias de peregrinación, que presenta de forma aún más literaria, basándose en las fuentes escritas conservadas: una consulta pública de la ciudad de Cirene a Delfos, una privada de una mujer a Dídima, y la de un esclavo en Dodona.

El último capítulo (“A modo de epílogo: los griegos y sus oráculos, una historia de devoción”, pp. 282-291) presenta las conclusiones de la obra, junto con la respuesta a algunas preguntas que tal vez el lector pueda haberse hecho a lo largo de la lectura, como si competían los oráculos entre sí o si los griegos siempre creyeron en estos centros de revelación divina. Como apunte, en el caso de la competición, el autor hace mención de los *market in futures*, pero tal vez habría sido más conveniente introducir la perspectiva analítica del *religious market*, de la que me consta que Chapinal-Heras es conocedor.

Complementan el estudio una sección de “Referencias”, con las notas de los diferentes capítulos (pp. 293-300) y la bibliografía utilizada (pp. 301-314), así como unos mapas en los que se localizan los santuarios mencionados.

La lectura detallada de la obra permite constatar el cuidado y trabajo que tanto el autor como la editorial han puesto en ella, pues son pocas, casi anecdóticas, las erratas que se encuentran, lo que demuestra la atención puesta en su elaboración. Estos fallos, que en nada

devalúan el trabajo realizado, no son más que erratas cotidianas, como la concordancia *ad sensum* en el número de las palabras pp. 166-167; “frustrados, la pareja decidió preguntar”, p. 174); o la elisión de alguna preposición (“la mayor parte los ciudadanos”, p. 175; “perdió influencia en pro los reinos helenísticos”, p. 214). Otros fallos achacables a la extensión del trabajo son la utilización en la p. 259 de la abreviatura cronológica “181 e.c.”, cuando en el resto del volumen siempre aparece “d.C.”, o el uso de la preposición de complemento de persona (“a”) en el sintagma “conquistado al Imperio persa” (p. 267).

En definitiva, el libro de Diego Chapinal-Heras cumple a la perfección con sus objetivos y finalidad, pues recorre de manera minuciosa, detallada y argumentada los enclaves oraculares de la Grecia antigua para ofrecer al lector un estudio completo, ameno y de fácil acceso sobre la mántica helena. Su presentación literaria, con un fin claramente divulgativo, alejada de las formas más puramente académicas que podrían aburrir a un público amplio, resulta todo un acierto, pues no implica una relajación de los estándares de calidad o criterios de investigación. Estoy seguro de que *La voz de los dioses* servirá de magnífica introducción a este interesante campo de estudio tanto a la persona que acceda a la adivinación griega por primera vez como a aquellos algo más avezados, descubriéndoles nuevas perspectivas y datos.

Pablo Rodríguez-Valdés
Universidad Carlos III de Madrid
pablorod@hum.uc3m.es
https://orcid.org/0000-0002-7999-7135